

Tiempo, memoria, significación

Noé Jitrik

Director del Instituto de Literatura
Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y
Letras de la Universidad de Buenos Aires

ESTUDIOS • N° 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

En el *Curso de lingüística general*, al que inevitablemente volvemos con la convicción de que Ferdinand de Saussure algo puede haber pensado acerca de algún problema relativo al lenguaje que nos pueda preocupar en otro momento y en otro contexto, hallamos una referencia al tiempo en la “Cuarta Parte”, acerca de la lingüística geográfica.¹ Saussure se interesa, y no demasiado (tal vez sus perspicaces discípulos desdeñaron el tema), acaso sintiendo que es un poco obvio o un remanente del indoeuropeísmo, por el tiempo como factor de producción de las variaciones que se producen en la historia de una lengua; de ahí salen referencias a la evolución, a la innovación, al cambio y al origen de los dialectos: lo temporal, en este caso, espacializa en la medida en que da lugar a coagulados lingüísticos que caracterizan lugares y que conducen al establecimiento, tan atractivo, de los mapas subsecuentes.

Quizá por afán de separarse de la gramática, a la que debe haber considerado sólo una vestidura externa de una lingüística estática, pero no sincrónica, en el sentido en que usa esta noción para describir la lengua, y guiado por su dialéctica oposicional, no parece haber prestado atención a aquellos elementos de la lengua que no sien-

1 Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística General* (trad. de Amado Alonso), Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1945.

do estrictamente signos, como las preposiciones y las conjunciones, “hacen” significar así como tampoco a los que, como los verbos, sin embargo más cercanos a la idea de lo que es un signo, asumen la categoría temporal y tratan de dar cuenta de ella por medio de determinadas configuraciones. No le llama la atención que desde los sistemas verbales más antiguos haya persistido lo que ahora, prestando una atención precisa que en sus lecciones no aparece, podemos entender como un deseo de capturar, mediante lo que se llama, no por nada, “tiempos verbales”, la presencia de lo temporal en la lengua misma.² Si, por el contrario, nos detenemos en este punto, y admitimos que en apariencia la noción de presente va de suyo, la de pasado en especial, así como la de futuro, ha dado lugar a especificaciones del dominio de la gramática que sugieren, además de una voluntad de situar aquello que los verbos refieren, una voluntad de entender de qué modo el tiempo hace masa en el lenguaje. Pero no es sólo eso: en el uso, término que corresponde a una dimensión de habla, dejada de lado, como se sabe, por Saussure, tales especificaciones cobran un relieve aún mayor; meramente emplear un pretérito en un enunciado lo temporaliza más allá de lo que se enuncia, esa forma verbal “sitúa”, introduce una dimensión que en el paradigma conjugatorio se sutaliza mediante disposiciones que las gramáticas codifican; esa codificación deja percibir una especie de anhelo que reside en la lengua misma, el de asir la índole fugaz de la temporalidad.

Pero no se trata de regresar a una gramática ni de describir los alcances que tienen determinados elementos verbales aunque poner en escena el tiempo, o la temporalidad o, lo que sería una consecuencia, las temporalizaciones, tiene siempre algo de inquietante o, en todo caso, lo que implica no se detiene ahí. Por empezar, y puesto que los verbos son como los recipientes que encierran el tiempo en su doble registro, su representación y su dimensión, hay que recordar algo que también va tal vez de suyo: en su mayor parte, los usos verbales –y por eso se dice “formas personales”– conllevan un sujeto que los pone en movimiento; es cierto que hay verbos impersonales, sin sujeto del verbo pero eso no quiere decir que no haya sujeto de la enunciación. Cabe aquí, por lo tanto, hacer una primera distinción: el sujeto, personal, del verbo personal, es un agente del verbo, el apoyo indispensable para que el verbo cumpla con su papel pero, al mismo tiempo, hay un sujeto de la enunciación, que está fuera del intrínseco universo verbal, y en el cual reside el alcance y la finalidad de las operaciones; es este sujeto quien se hace cargo de la doble temporalidad a la que nos hemos referido, tanto de la

2 ¿Podría relacionarse con la temporalización verbal la problemática de la “presencia” heideggeriana? ¿No es la “presencia” un hecho físico, visible, audible y, por lo tanto, de naturaleza diferente a lo que despierta el “tiempo presente” verbal, que es pura fugacidad?

representación del tiempo como del entendimiento de la dimensión temporal en la palabra misma, es quien la elige extrayendo la forma temporal más adecuada de un paradigma que la lengua ha ido construyendo desde el momento en que se ha constituido, regido por una lógica que permite su funcionamiento mismo.

En otras palabras, busca los medios, elige el camino que entiende más adecuado para entrar en el tiempo con certeza, por más relativa que sea. Pero ¿en qué tiempo? Para responder hay que empezar por razonar sobre tal elección que responde, a su vez, a un impulso que radica en la subjetividad y toma forma en ella, o a una necesidad que sería la respuesta subjetiva a una exigencia o pedido formulado desde una instancia objetiva que, topológicamente, la precede; quizás no haya impulso puro, pulsión pura, quizás lo que llamamos impulso tome forma una vez que la necesidad está establecida o, por lo menos, que ambos conceptos interactúen. Pues bien, esto implica un desdoblamiento de la temporalidad: en los tiempos verbales el tiempo está encubierto, integrado a ellos, en cierto sentido congelado en ellos pero los enunciados que gracias a ellos se producen, y que en la operación ceden su anterioridad, no serían posibles sin ese impulso o necesidad de enunciar, que sería, por lo tanto, el momento “vivo” del tiempo. La relación entre ambos momentos de la temporalidad –congelado/vivo– se rige por lógicas diversas: la del generativismo es una, es la que responde al primero, al del tiempo encubierto en las formas verbales; la del deseo, que infunde al impulso, responde al segundo, que llamamos el momento vivo del tiempo.

Pero, a su vez, y la imagen de “necesidad” permite pensarlo, hay un objeto del enunciar que, siendo objeto del deseo, despierta el impulso y que podría ser entendido, según lo señalamos, como “instancia objetiva”. ¿Qué es ese objeto cuando se trata de enunciar?

Impulso y necesidad están, como se dijo, instalados en el espacio del sujeto que elige y decide enunciar; en el momento en que el enunciado toma forma se pone en evidencia que ese enunciar es de un “saber” previo, consolidado y, por lo tanto, instalado en un “ya fue”, lo que también ilumina el sentido del uso de los tiempos del pasado, como los más propios de una enunciación que recorre todos esos niveles; por el contrario, el uso del tiempo presente tiene el carácter de un roce respecto del saber, siendo asertivo en el modo –indicativo, imperativo– sin embargo es hipotético en cuanto al saber o por lo menos establece un suspenso; en el futuro, a su vez –y como para cumplir con la división triádica mediante la cual los humanos dicen entender el transcurso– lo hipotético es aún mayor, el saber es un puro objeto de construcción cuyo identidad parece emanar de lo ya construido o ser su probable consecuencia. Pero, más que eso, cuando el enuncia-

tario acepta un enunciado como válido, o sea como inteligible, elaborable, con sentido en todos los órdenes, acepta también el saber que le confiere su entidad.

Cuando el sujeto, en esta instancia, elige para enunciar y, puesto que se trata de la problemática del tiempo, lo hace mediante tiempos verbales del pretérito, que son, como lo dijimos, los que encarnan mejor el “saber”, pero su acción enunciativa tiene lugar en un presente que es como un punto, situado en el cual observa el saber ya configurado que será objeto de una enunciación que irá conformando: trayéndolo al presente de la enunciación, le restituye su cualidad, lo hace inteligible como saber residente en un pasado. En otras palabras, mediante ese proceso produce una significación que empieza a circular y que contiene, apretadamente, todos los elementos, planos y niveles que han confluído para configurar la enunciación: es lo que llamaríamos el “proceso semiótico”. Podríamos arriesgar, en este punto, una especie de definición, sesgada desde luego hacia la zona que motiva esta reflexión: lo que consideramos o entendemos como “significación” de un enunciado sería un juego de temporalidades que conduce a entender la instancia mayor, el Tiempo, lo que nos conduce a otro lugar, de un pensar semiótico vinculado con la vida y, desde luego, con la muerte.³

Estamos hablando de un sujeto de la enunciación, lo cual es una suposición audaz pues, como señala Henri Meschonnic, “no hay *un* sujeto, como parece implicarlo la expresión de la cuestión del sujeto” sino al menos trece, lo cual, como es obvio, dificulta la continuidad de una reflexión que lo mencionaba en singular; los trece, sin embargo, puestos en la acción de enunciar, tienen algo muy fuerte en común si se trata de proceso semiótico: todos son, además de las funciones que les son propias, el espacio en el que se gesta la enunciación y también lo que la liga, saber convocado mediante, con el mundo. Dicho de otro modo, si un enunciado “dice”, o sea “significa”, y no hay enunciado que no lo haga, es porque el cruce de instancias que hay en él hace presente un saber que ya no es sólo el de uno de esos sujetos, suponiendo que los haya en tal diversidad, sino el saber del mundo concentrado en el saber de cada uno de esos sujetos.

3 La preocupación por precisar los límites de la enunciación viene de lejos: se trata, como lo señalo en “¿En busca del sentido?” de separar este término del de “significado”; en todo caso, y hasta este momento, a lo que más había llegado era a sostener que si bien sabemos que todo acto humano persigue una significación no podríamos decir cuál ni cómo sea, sólo podemos tratar de acotarla o de cercarla. Como se ve, doy ahora un paso adelante: la significación sería el Tiempo que se escapa del mismo modo.

El presente de la enunciación es convocador; por un lado es el momento en el que el enunciado es conformado efectivamente; por otro, y para que esto suceda, es preciso que se produzca una serie de conversiones: antes de ser enunciador quien va a serlo ha mantenido con lo que va a ser lo enunciado una indispensable relación que podemos llamar de “observación”; dicho de otro modo, para convertirse en enunciador un sujeto *observa* el objeto del enunciar, o sea el saber que, según nuestra calificación, *necesita* enunciar. Implícito en la enunciación, contenido en ella, en el cruce entre el pasado, tiempo del sujeto del enunciado, y el presente, su propio tiempo, el enunciador se presupone observador.

Raúl Dorra propone un sistema de transformaciones semejante a partir de una frase de un poema folklórico español, “Miraba la malcasada”, de la que se extraen todos estos planos: sujeto del enunciado, la “malcasada” realiza una acción en el pasado –miraba–, pero el enunciador lo hace en el presente haciéndose cargo de “aquello” que la malcasada miraba: es ahí donde “observa”, tanto la acción de mirar de la malcasada, como aquello que se supone que miraba.⁴ Queda así constituida la instancia del observador del cual Dorra señala que “el hacer del observador es un hacer intransitivo, observa para sí” (añadimos: puesto que observa su saber). Por tal razón, concluye Dorra, no se puede hablar de un observatorio; el sujeto del enunciado, al cual sólo se le transfiere lo observado, no lo es. Por lo tanto, y pese a que lo convierte en la materia del enunciado, lo observado, se puede concluir, es impenetrable, permanece en un “para sí” donde sufre las acciones semióticas de recuperación, reformulación, simbolización y conversión en imágenes.

Pero, dijimos, aquello que la enunciación enuncia es un “saber” que, como se ha ido constituyendo, es equivalente a lo que entendemos corrientemente como “memoria” o bien la memoria es el recinto en el que está alojado el saber. En consecuencia, si lo observado es impenetrable, si el saber lo es, también la memoria es impenetrable, lo que no quiere decir que sea inviolable; por el contrario, lo que llamábamos “impulso” o “necesidad” de enunciar es la tentativa de romper esa coraza lo que por su lado tampoco implica que el enunciador lo logre; se diría, en cambio, que la memoria más se pertrecha cuanto más cerca parece que se está, por medio de la enunciación, de penetrar en su recinto. ¿No es acaso esto mismo el efecto de fuga de la significación, en especial en los enunciados llama-

4 Raúl Dorra, “La mirada en el tiempo”, en *Tópicos del Seminario*, 4, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2000.

dos poéticos?⁵ Y aún más, puesto que el tiempo es un constituyente, se diría que lo que se escapa en la memoria es el tiempo mismo, del que lo que se ha puesto en los tiempos verbales es el intento de hacer creer que son toboganes por los que podría haber un descenso hacia su apresamiento.

Desde luego, la memoria es también una retención, una acumulación a la que solemos referirnos como si estuviera ahí nomás, al puro alcance de la evocación, sea individual, sea colectiva. Pero ¿sería lícito decir que es lo mismo que el imaginario, puesto que el imaginario es, de una manera que podría ser análoga, una acumulación? ¿O hay entre memoria e imaginario una relación de todo y parte, según la cual el imaginario es un modo específico de la memoria? Afirmarlo se apoyaría en una teoría del imaginario según la cual la condición de existencia de las imágenes residiría en una fuerza de retención que ya le hemos atribuido a la memoria y que entendería, por otro lado, que el imaginario está modelado a la manera de un recinto, como si fuera una compresión de imágenes, articulada en forma de conjunto con, por añadidura, una definición espacial, o sea residente en algún lugar, la memoria u otro que no sería radicalmente ajeno a ella, aunque sea difícil pensarlo.

Por el contrario, y tan sólo para respetar especificidades y frenar la tentación de igualar todos los conceptos, se podría también pensar que el imaginario actúa por sí solo, que se manifiesta en el impreciso e indefinido campo de las pulsiones, eso que entendemos por lo general como inconsciente, por surgencias o por síntomas, mientras que la memoria, más al alcance, promete ante todo entregar sus tesoros por determinados medios, por ejemplo la evocación o la invocación, una vez que tal tesoro ha sido radicado por mecanismos tales como la repetición, la fijación y otras técnicas.

Sea como fuere, la memoria, que sería en ese sentido una generalidad abarcativa, equivalente de lo que en principio llamábamos el “saber”, es, como ya lo señalamos, fuente de la enunciación; pero ya sabemos del saber, y de la memoria por consiguiente, que no se trata sólo de depósitos, vale la pena insistir en ello, sino también de una energía que genera la necesidad de enunciar y funda el impulso a hacerlo por parte de un enunciador en quien o en cuyo ámbito todo

5 Quisiera creer que esto que digo acerca de la significación, ya iniciado en la Nota 3, ut-supra, se vincula además con lo que en el mencionado “¿En busca del sentido?” propongo para salir del atolladero en que nos mete el concepto de “sentido”: “...se podría llegar a postular, como un axioma, que el sentido es un conjunto de ausencias que toman la forma del sentido en la búsqueda incesante que se hace de ellas y que designamos como “sentido” precisamente porque, habiendo admitido el espacio de la fuga, se las sitúa en el lugar de la búsqueda y no en el del hallazgo”.

este movimiento se produce: a su vez, y en retroacción, este proceso, que culmina en un enunciado, transforma el saber y la memoria que, luego de una enunciación, nunca son lo que habían sido en virtud de que el enunciado, que es donde uno y otra deberían aparecer, muestra no sólo lo poco que ha logrado capturar, o sea un resto, sino también deja percibir que saber y memoria han cambiado así sea porque al quitársele un fragmento se ha modificado su economía. Detengámonos en este aspecto: lo que cambia el saber y la memoria por la enunciación es en particular la doble instancia temporal a que son sometidos; por un lado, la del tiempo en general que, convocado por los tiempos verbales, hace presente el fundamento temporal de la memoria y, por el otro, la incidencia del tiempo, que corroe cualquier permanencia, en los objetos de saber que el enunciador observa desde una distancia.

Se trata, sin duda, de una alteración: si hasta el instante previo al proceso enunciativo la memoria constituía una suerte de economía, de equilibrio inestable, al intervenir en ella para configurar un enunciado todo se mueve, se produce una súbita desarticulación.⁶ Llamaremos de “transformación” a ese movimiento, sobre cuyos alcances habría algo que decir, cómo pensar la instancia transformativa. El acto enunciativo la produce por sí mismo pero es como si la memoria la pidiera aunque no unidireccionalmente; por un lado, es factible que ciertas transformaciones sean “pasivas”, no deliberadas, que se produzcan en el cruce de dos deseos contradictorios, el de conservar íntegro el saber y el de lograr un no-saber, ese estado que por lo general se llama olvido; pero, por el otro, también se da una transformación deliberada, “activa”, según la cual el acto enunciativo viene ligado, conscientemente en el impulso a enunciar, a una voluntad de modificar la memoria, ya sea para apresurar el olvido, ya para neutralizar su inevitabilidad: la podemos llamar transformación “estratégica”.

Teniendo en cuenta ambas posibilidades y considerando lo que ocurre cuando se produce una transformación cabe preguntarse cómo la transformación, pasiva o activa, llega a sus límites y, además y tal vez como un previo, en qué consisten sus límites. Se diría que resultan de un juego de tendencias, entre conserva-

6 A menos, quizás, de que los enunciados tengan una intención ficcional lo cual dejaría intacto el saber tal como está; pero en realidad lo que se llama “ficcionalización” no prescinde del saber sino que actúa sobre él adulterando aquello que recoge; su excepción consiste en que para constituirse se vale de saberes ajenos –experiencias de otros, lecturas o invenciones–, o en apariencia ajenos puesto que pasan, inevitablemente, por el filtro del saber al que así sea para adulterarlos se incorporan.

ción de la memoria como era en su momento originario y cambio o, en otras palabras, de la memoria modificada. La mayor o menor fuerza de conservación y la mayor o menor fuerza del cambio generan una figura que opera como límite, extensible por supuesto, a los alcances de una transformación.

Es oportuna, en este punto, una observación de Raúl Dorra en el artículo citado: la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria y por lo tanto del mundo del cual es su sinécdoque”. ¿Una transformación pura es una transformación absoluta? Esa instancia es poco pensable; se trata, más bien, en quien la pretendería, de mucho menos, sólo de un blanco provisorio en lo aparente pero, en realidad, de una conversión en lo inconsciente de aquello que desaparece, mundo incluido; la memoria, por lo tanto, siempre afectada, sería reparable de otro modo: la instancia de la letra, que daba cuenta de la transformación la reconduce y la rehace en su nueva configuración.⁷ Pero algo más: si un enunciado intenta, hipotéticamente, la “pura transformación”, un enunciado puede también intentar mantenerse en el otro término, o sea en la “pura memoria” o, lo que es lo mismo, en el “puro mundo”; se trataría, en ese caso, de un exceso que impondría en los actos enunciativos, para usar los términos empleados por Dorra, una anulación de la transformación y, por lo tanto, una redundancia.

Pero, como lo hemos señalado, hay dos clases de enunciados en relación con la memoria; unos, los que sin proponerse una transformación la producen, son los “pasivos”, a los que podemos llamar “simples” y otros, los que se proponen una transformación, “activos”, que podemos llamar “complejos”. Esta oposición sirve ahora para seguir razonando acerca de la memoria; reiterando los términos, se diría que los primeros, sólo por ser enunciados, producen una transformación puesto que la memoria es desarticulada por ellos y luego rearticulada por el enunciador en el plano externo de la enunciación; por el hecho de que al distanciarse el enunciador, como observador, y tender las temporalidades –del pasado del saber al presente del enunciado– la memoria, insistiendo, ya no es más lo que pudo haber sido; los otros, los “complejos”, cuyo punto más alto puede estar en los enunciados de tipo poético, de ellos se diría que procuran la transformación a sabiendas de que el efecto que producen en la memoria no se reduce a lo que puede suceder con ella y a cómo ella puede quedar sino a darle un sentido, sea cual fuere. Cuenta, en este caso, la audacia –la estrategia– del enunciador que, por supuesto, nunca puede,

7 Serge Leclair, “Les éléments en jeu dans une psychanalyse (À propos de L’Homme aux loups)”, en *Cahiers pour l’analyse* 5, Paris, Cercle d’Epistémologie de l’École Normale Supérieure, 1966. “Digo, pues, que el signifiante está constituido por una letra (gramma) en tanto la letra remite intrínsecamente a un movimiento del cuerpo como inaprehensible diferencia de un parecido-no parecido”, dice Leclair.

tampoco, ser absoluta puesto que si la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria”, como dice Dorra, “la pura memoria bloquearía la transformación”; ambos extremos entrañarían un punto muerto, serían dos modos perversos de canalizar el ya evocado impulso a enunciar que tratamos de situar en consonancia con la necesidad de hacerlo.

En consecuencia, el enunciador debe establecer un compromiso para que su audacia tenga frutos; si la memoria no se retira y da unos pasos atrás nada se transforma pero si la memoria se anula totalmente desaparece aquello que puede ser transformado, o sea el mundo. Si Freud, para dar un ejemplo aplicado, no hubiera suspendido su memoria de la psiquiatría, no olvidado, no habría podido ni siquiera pensar, si “pensar es un sistema que debe hacer mal”, como señala provocativamente Henri Meschonnic, aunque no se sepa del todo a qué o a quién –quizás al equilibrio de lo preexistente– o de qué modo ese “mal” termina, como lo pretende el psicoanálisis, por hacer el “bien”.⁸ Desde luego, y en ello reside el compromiso de que hablamos, la suspensión de la memoria no implica un olvido total, de donde se saca que tampoco la transformación operada en su seno puede ser absoluta. En realidad, y eso sería lo fecundo del compromiso, es en y contra la memoria, inolvidable, que se lleva a cabo la transformación.

¿Qué hacer, pues, con la memoria? ¿Y qué hacer con la transformación? Para intentar sendas respuestas, comenzaremos por decir algo obvio: es posible que lo que llamamos “transformación” sea una especie de ley que acompaña todo proceso de orden temporal; el tiempo que pasa todo lo cambia, todo lo transforma y nada puede hacerse al respecto. Crecimiento, acumulación y también, del mismo modo que existen enunciados que se quiere que sean complejos, ese proceso genera figuras nuevas, previsibles algunas, por ejemplo larvas que devienen mariposas, jóvenes que se convierten en ancianos, materias que, sometidas a una acción, llegan a ser objetos, sugerentes otras, el Doctor Jeckill que deviene Míster Hide, sorprendentes otras, pobreza referencial que se transforma en riqueza expresiva, buscadas como se busca el sentido mismo, una experiencia que se convierte en imagen. Por lo que hemos venido diciendo, esa ley opera en la memoria y si en principio la cercena, porque algo sale de ella y no regresa sino bajo otra forma, también tiene algo que ver con la noción esencialmente ambigua y escurridiza de olvido, que sería el colmo de esa transformación.

8 Henri Meschonnic, *Crise du signe. Politique du rythme et théorie du langage*, Santo Domingo (República Dominicana), Ediciones Ferilibro, 2000. Edición bilingüe: *Crisis del signo. Política del ritmo y teoría del lenguaje*.

El hacer en la memoria y con ella tiene varias vertientes: hay un “en sí” del hacer, que hace masa con la memoria misma, y un “para algo”, que depende de un agente: enunciar es su manifestación y ése es el papel que desempeña la transformación de la que, a su vez, se puede desear reprimirla, se puede desear expandirla, se puede querer conducirla a determinados fines, se puede admitir que conduzca a fines imprevisibles. Sea como fuere, entre la transformación y la memoria hay un juego, un arreglo de partes, como entre sujeto y objeto, pero quien propone el arreglo es la transformación, o sea el sujeto del que depende; la memoria, como objeto, puede permanecer tal cual si nada perturba su estar que, en esa situación, podría ser un “estar siempre ahí”. Es, pues, en el espacio del sujeto que la transformación logra su forma por obra de un impulso o necesidad, como la que situamos en el orden del enunciar, que se infunden a un pensar la transformación tendiente, semióticamente, a producir u obtener una significación. Lo que si, por un lado, quiere decir que la transformación radica en un lugar, por el otro tal lugar no es sólo el de la intencionalidad de un sujeto sino uno al que, traduciendo las nociones de impulso y necesidad, y apelando a un lenguaje psicoanalítico, podemos llamar el lugar del “deseo”, donde la necesidad promueve y el impulso hace emerger. Y si esa necesidad brota, por inercia, de una carga excesiva de lo que será transformado en una memoria, sólo el deseo de transformación responderá a esa demanda, lo cual ocurre en el ámbito de un sujeto deseante. A su turno, es también posible que tal deseo se conjugue con tal carga para que la carga no llegue a un punto de sobresaturación que bloquee la semiosis inherente a la materia misma de la memoria condenándola a una acumulación sin término.

Quien habla de “deseo” parece admitir, psicoanalíticamente, que es un emergente de una teoría pulsional pero acaso no sea ésta la única manera de comprender su radicación, si también hablamos de cuerpo, en el que en definitiva, y en todos sus registros, actúa el deseo. Conviene en este punto, porque eso nos reconducirá a la cuestión de la memoria, dar lugar a la noción peirciana de “afección”, como un campo no diferente al del deseo pero que lo contiene, siendo, por su anterioridad, el lugar de la gestación semiótica, el previo de todos los previos, tal como nos lo señala Raymundo Mier: “... quizá la noción de *afección* es la que ofrece la clave que hace inteligible la dinámica irreductiblemente propia del proceso de significación (la semiosis.”⁹ Dicho de otro modo, sobre la afectividad se constituyen las significaciones, “de los objetos, de las presencias, de la existencia misma” acota Mier, que se remiten, en última instancia, a eso que “damos en llamar Tiempo” y que concentra la “trama heterogénea de las mutaciones.” Sin

9 Raymundo Mier, “Tiempo, incertidumbre y afectión. Apuntes sobre las concepciones del tiempo en Ch. S. Peirce”, en *Tópicos del Seminario* 4, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2000.

duda, el lugar que Peirce le confiere a la “afección” tiene un linaje: es Spinoza para quien, además, “las imágenes de las cosas son las afecciones del cuerpo humano”, de donde la imaginación es una faceta de la sensibilidad que, a su vez, no es otra cosa que la afección del propio cuerpo.¹⁰ Y, para ambos, la afección “es un rasgo de la modalidad, su disposición a la mutación, al cambio... una energía que se constituye en vínculo, en correlato”, señala Mier.

La palabra “afección”, que prolonga y especifica y varía lo que implica y significa el afecto, es de un plurisemantismo vertiginoso. Ante todo, si el “afecto” procede de un verbo, “afectar”, éste supone tocar, incidir, en el sentido de marcar, pero también fingir. Pero si, por añadidura, el afecto es algo así como un magma elemental del que emergen las afecciones, también se dice que una enfermedad es una afección, lo que no quitaría a la idea spinoziana su consistencia en tanto lo que ocurre en el cuerpo es producción de pasión, también en su doble alcance, como el colmo de la sensación y como lo que se sufre, se padece. Sea como fuere, y porque encierra tantos contrarios, la idea de “afección” es profundamente semiótica, sólo basta invocarla para acercarse a la temporalidad encarnada, corporalizada y, por lo tanto, a la significación.

Sin ánimo de internarnos en ese terreno, o sea de seguir el juego peirciano hasta el final, nos quedaremos en un aspecto, el que predica que la afección, que puede ser pensada como una modalidad de la memoria, radica en el cuerpo y transforma las sensaciones hasta convertirlas en deseo siendo, además, el fundamento de las imágenes mediante las cuales se trata de acercarse a la significación; en tanto el cuerpo experimenta esencialmente el tiempo y está sometido a él, el tiempo es lo que sustenta la significación, tal como nos adelantamos a decirlo en los tramos iniciales de este trabajo, y aún más, la significación es el tiempo. Por esa relación entre afección –sometida además a las variaciones de la experiencia–, cuerpo y tiempo, en Peirce “se puede registrar dos universos de modalidades de la afección, en tanto memoria, muy diferenciadas: el pasado como experiencia, que engendra la memoria, y el pasado como inferencia lógica, construido por vía de los hábitos y las regulaciones definidos categorialmente, ajeno a la vida, aunque capaz de incidir en ella para modelar su fisonomía, la memoria como saber, como asumir lo creído como un territorio de la propia vida”.

Si en un comienzo, y para acercarnos a la mecánica de la enunciación, establecimos una relación entre “saber” y “memoria”, advertimos ahora, guiados por

10 Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Madrid, Alianza, 1987 (cit. por Raymundo Mier)

Peirce, que también hay una memoria de experiencia que sin duda se convierte en memoria de saber pero en momentos diferentes, un “durante”, que poseyendo identidad afectiva termina por convertirse en un “antes”. La primera tiende a configurar el pasado y, por lo tanto, la forma de la memoria tiene los atributos de la inminencia, inherente a la vida, atravesada por el transcurso; la segunda establece una relación con un orden general, de tiempo aprisionado, el pasado configurado, pero misteriosamente actualizable, y deductiva, puesto que de lo que está establecido en ella se desprenden, por “inferencia lógica”, los saberes enunciados.

Pasado y memoria, pues, se ligan: el presente, que es el tiempo de la enunciación, es una experiencia sin duración, el puro enigma de su fugacidad y de su convertibilidad en pasado. Por lo tanto, tal como lo estamos empleando, el pasado tiene algo de estable, la imagen que proporciona es la de la fijeza, aunque no se puede descartar que en cada una de sus dos modalidades, como experiencia y como inferencia, haya movimientos, incorporaciones, modificaciones, reversiones, reformulaciones.

Así, pues, toda relación con el pasado se establece a través de la memoria de la cual podría decirse, en esta etapa de la reflexión, que, en correlación con las mencionadas modalidades de las que habla Peirce, se nos presenta de dos modos; uno, genérico y lejano, la memoria como “la inferencia lógica construida”, que en un plano social y cultural es el basamento de la llamada “tradicición”; el otro es cercano y específico, de experiencia traumática, lo que le confiere su densidad igualmente específica. Aquella, la lejana, la que, en otro plano, genera la idea de tradición, sojuzga, obliga, condiciona la enunciación a los enunciados anteriores y genera, del mismo modo, respuestas radicales de omisión y de olvido, y otras menos duras de conciliación cuando no las dóciles del seguimiento y la obediencia; ésta, la cercana, por serlo, tiende a escaparse pero su cualidad traumática retiene, de modo que crea la ilusión de enunciaciones fieles, como si la memoria de la experiencia no formara parte del todo de la memoria en general.

Se pueden ver las consecuencias de esta doble dimensión de la memoria. Consecuencias enunciativas, desde luego, pero también literarias y aun políticas. De una manera no muy fácil de explicar podría postularse que la respuesta a estos modos de la memoria distribuye y califica a los enunciadores. Lo que va, quizás, del academicismo a la vanguardia, del “así es y será” del lenguaje de las estructuras hasta el “tal vez” de cualquier idea de cambio.